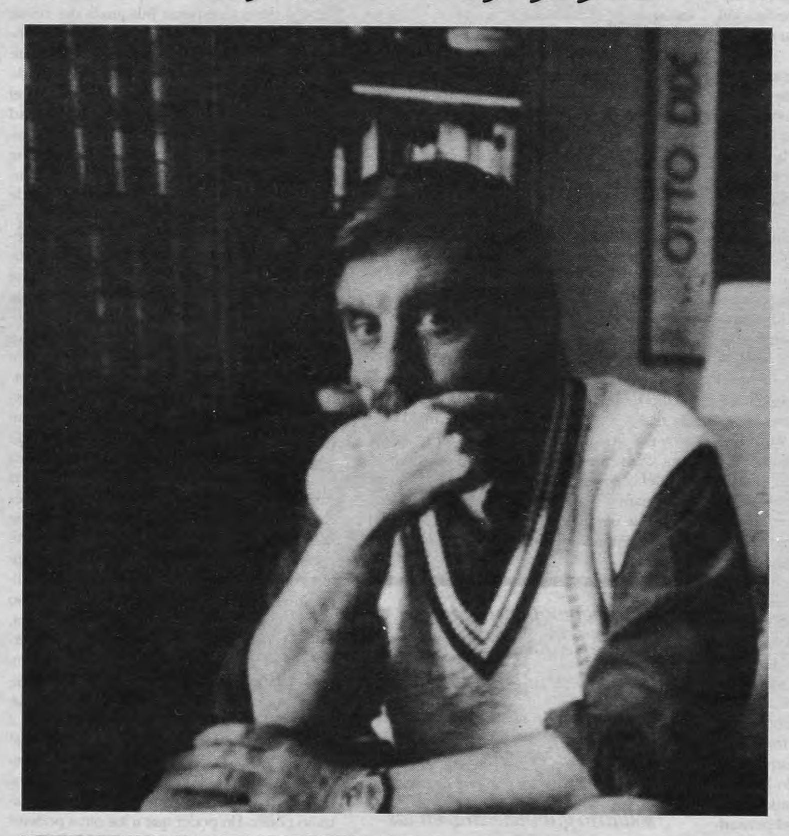


ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

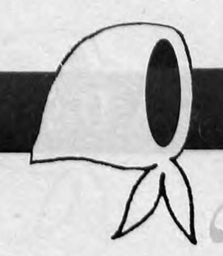
I Seminario de Análisis Crítico de la Realidad Argentina 1984 -1999



CLASE DE NICOLÁS CASULLO

"Volviendo a la vieja cuestión del intelectual"

Página/12



ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

"Micropolítica"

"Volviendo a la vieja c

CLASE DE NIC

Hay un tema complejo y polémico dentro de nuestra historia, y también polémico en el campo de la relación entre conocimiento y política que atraviesa la crónica moderna. Es el tema de una figura controvertida, necesaria pienso, discutible siempre: la figura del intelectual. La del intelectual en tanto aquella conciencia impugnadora del estado de las cosas, de los órdenes establecidos, no sólo en términos macrosociales como se dice ahora, sino en los detalles y acontecimientos que produce la vida diariamente. Para muchos la cuestión del intelectual es anacrónica a la época, a otros los incomoda por improductiva, algunos la piensan ya resuelta vía mundo de la investigación académica. Es hora entonces de hablar más que nunca del intelectual.

Decía que en nuestra historia esta figura arrastra una crónica conflictiva desde el principio, que puede verificarse en ciertas circunstancias donde aparece el intelectual ligado a lo político, algunas veces ligado a lo militar, en ocasiones resentido con su propio oficio de intelectual, o ambicioso de un pensar crítico sobre la biografía de su sociedad. Otras veces intentando un pensar de avanzada, o un pensar opositor a lo instaurado. Muchas veces seducido por el poder, y que va a tener con el poder político una relación contradictoria, oscura y al mismo tiempo iluminadora. Oscura en tanto no va a encontrar nunca en la Argentina, a diferencia quizás de otros lugares de la historia como el europeo con su viejo linaje cultural, un reconocimiento acabado: ni de los poderes, ni de las instituciones, ni de la sociedad en general. Al mismo tiempo ese desfasaje o descentramiento en su relación con la política va a permitirle, sin embargo, la posibilidad de alumbrar ciertas zonas de nuestra historia, ayudarnos a comprenderlas. Estoy pensando, por ejemplo, en binomios en donde uno de los términos aparece auroleado con el perfil del intelectual. Moreno–Saavedra, por ejemplo, Echeverría–Rosas, Dorrego–Lavalle, Sarmiento–Facundo. De un lado la individualidad crítica, del otro, el poder actuante. De un lado la política instituida o representada, del otro lado del binomio, apenas una literatura. La de Sarmiento, que plantea el drama entre esa política, Facundo, que emerge de las oscuras formas de la historia argentina, como sombra esquiva para un intelectual que está pensando la revolución traicionada. Que está pensando su carrera política desde el exilio, que está pensando cómo insertar a la Argentina en un desarrollo civilizatorio en el cual cree profundamente. Desde la pluma de Sarmiento se va a gestar una marca, una muesca de lo que podría ser el gesto intelectual nacional. El leer una maldición en nuestra historia, y al mismo tiempo percibir que la historia argentina contendría una suerte de secreto a ser develado, para extirparla, es decir, resolverla.

Sarmiento será un intelectual de éxito, llegó a presidente años después. Estoy pensando también, por ejemplo, en las figuras de otro binomio en otra coyuntura: Perón con Cooke, en donde a través del intercambio epistolar encontramos otra vez la tensión entre un militante político, un cuadro político intelectual que trata de re-pensar a la Argentina y a su sujeto popular luego de la caída del peronismo, frente a un líder político de masas que en algún momento lo escucha, que en otro momento no lo escucha, que en algún momento pareciera razonar en sincronía, que en otro momento lo aparta, que le responde, que no le contesta, que finalmente lodesestima. En Cooke aparece, a través de toda una fragua de hechos políticos, de cartas que van y que vienen y que nos hacen recordar al sueño morenista del Plan de Operaciones, aparece, digo, otra vez el drama de cómo ligar un pensamiento que trata de vertebrar una época, de teorizar determinadas circunstancias culturales, políticas, históricas de la Argentina, con lo político en sentido directo, inmediato, a secas, la letra de Perón. Es decir, con lo político optando por la sencillez del blanco o negro y con la propia lógica y contundencia de la política. Perón tiene algo de Cooke, por el cual el líder queda seducido, pero mucho más Cooke con dicho dato. Cooke tiene algo de Perón, pero ese algo es también, en realidad, una infinita distancia, un pantano trágico en su alma.

Puede decirse que en estas figuras inarmónicas entre sí, cuadro fallido, nosotros podemos encontrar instalado el drama del intelectual en nuestro país. Habría el secreto de una negatividad a despejar intelectualmente, que anida en lo político. Aun en lo más filiar de lo político, pero que solo lo político, no lo intelectual, puede resolver. Precisamos recuperar esta escena del conflicto, hoy quizás más que nunca si por intelectual reconocemos aquella figura de una conciencia crítica deslindada de las discursividades del poder político y cultural, que trata de dar cuenta de los silencios de un mundo en la propia y atiborrada palabra de ese mundo. Que trata de dar cuenta de los silencios de la crítica desde su imaginaria y literaria entrada en escena.

Digo, hoy más que nunca nuestro país necesita regresar a está problemática: a este drama intelectual que desde su hacer del mundo un drama, suele escribir. Escribir sintiendo siempre que nuestra historia ha sido atravesada realmente por el mal, por una maldición. Hoy por la muerte, el estado de terror, la tortura y la sangre de los cuerpos, por lo acontecido: el sinsentido de la víctima, lo inhumano. Cuando una historia penetra en ese territorio que ultima y que la ultima, pareciera llamar a un pensamiento, o desafiar a un pensamiento, como reclamándole: "estate a la altura de lo que aconteció". Yo, particularmente, pienso que no estuvimos a la altura. Que no estamos todavía a la altura de pensar con la profundidad que exige no sólo la memoria política, no sólo la memoria social, sino el propio hecho existencial de una historia casi llevada a catástrofe. Siento que precisamente el pensamiento argentino todavía no ha adquirido, desde esta figura intelectual, reflexiva, dolida por el mundo, que sueña con develar con palabras el secreto, no ha alcanzado la altura de pensar ahora lo argentino en abismo. Esto no significa una crítica desde la desesperanza, sino un reconocimiento, donde me incluyo, de que el desafío es fuerte. Hay veces donde la historia nos muestra una mayor sencillez para llevarla sobre los hombros. Hay veces donde de la historia, y no solamente la argentina, nos plantea una problemática donde quizás cuesta años tratar de reencontrarle un hilo, reencontrar nuestras palabras de identidad.

> *"Tenemos por un lado a Robespierre que lee a Rousseau, que lo ama, que lo sitúa como figura simbólica y señera de su propia práctica política. Pero la práctica ya no se da en un solitario gabinete sino en las calles de París."*

Esto también ha sucedido en Europa a partir de otras situaciones catastróficas. Pienso que esta exigencia –estar a la altura de lo acontecido– es precisamente el desafío que se tiene que proponer el intelectual crítico. Es decir, autoexigirse, pensar desde el horizonte máximo del presente y hacia atrás, sabiendo que dicho lenguaje o texto, teoría o poética que tendría que emerger de sus interrogante, está todavía lejos de ser decible. La apuesta es política en el sentido que se está discutiendo la historia del poder y la víctima. Es filosófica, en el sentido de preguntarnos a qué lugar de inteligibilidad quiero llevar esta historia, a qué lugar de significado quiero llevar esta historia, para no instrumentarla con ningún circunstancial viento ideológico de época. Y también es estética, en el sentido de esa perpetua búsqueda del verso, palabra, figura, color, sonido, que nunca se encontrará definitivamente, pero que finalmente hará de la historia de tal búsqueda el lugar de unaética innegociable. La tarea intelectual, el ensayo de una crítica al estado de la sociedad y su historia, es guiada en el fondo por aquella utopía de las palabras a reunir en texto que definirán las cuestiones. Palabras sobre el mundo, que vamos encontrando en el camino de las siempre inhallables.

Desde esta perspectiva el intelectual es aquella figura, o tendría que ser –por lo menos muchos lo han pensado así–, que se enfrenta al mundo en una suerte de soledad activa, o de articulación reactiva con los corredores legalizados del pensar, y desde ahí sueña su escritura. Si uno rastrea históricamente su figura, podríamos decir que nace con la crónica moderna. No significa esto que no hayan existido antes pensadores de gran envergadura y de gran porte dejándonos sus señas. Pero es en el siglo XVIII, el llamado siglo de la Ilustración crítica –aquel siglo donde la modernidad civilizatoria capitalista en cierne va a elucubrar las grandes discursividades que vertebrarán los valores de la historia moderna–, es en este siglo donde precisamente nace el perfil social y político del intelectual. En un principio llamado filósofo, o libertinos como se los llamaban en el XVII (no en el sentido que hoy tenemos de la palabra, sino en cuanto a una búsqueda de plena libertad argumentativa), hombres que se desataron, intelectual y espiritualmente, de los poderes dogmatizados que regían la comprensión de la historia y del hombre, básicamente transmitidos a través del poder de la Iglesia en ese entonces.

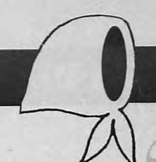
Es en ese siglo XVIII donde aparece definitivamente nuestra figura, que va a ser consustancial a lo moderno, y que va a adquirir un extraño poder. Un poder que a los otros poderes milenariamente establecidos –noble, militar, eclesiástico– le va a resultar un incordio. No van a entender de qué se trata en definitiva ese nuevo poder que se desliza como reguero de pólvora escrita. Y la primera respuesta –pero no la última– va a ser la represalia, la persecución, el castigo. ¿Cuál es este poder? El del autor, el del autor de textos críticos. En una sociedad con poderes clara y legendariamente constituidos, aparece esta silueta extraña, la de un sujeto que escribe en la soledad de su gabinete, que camina el mundo, que conversa, que ve, y que va gestando un público: un público lector. Y que a partir de ese público lector va generando etéreas, o no tan etéreas, corrientes de opinión pública que acceden a esa misma intención crítica del autor. Crítica a los poderes absolutistas, crítica a los poderes cercenadores de la libertad, a la intolerancia, a la injusticia social, crítica frente a la cual no saben muy bien, los poderes, qué es lo que tienen que hacer. Qué es lo que tienen que hacer no con los temas, sino con este personaje. Porque en realidad es un personaje que no tiene ningún poder, que está solo escribiendo, imaginando, atando cabos, trazando línea sobre línea para



ediciones de escasa circulación, pero que indu dablemente va gestando otra escucha y otra au dición en lo social.

Pensemos quizás en la figura mas fuerte d ese siglo XVIII francés, en Rousseau, que v emergiendo como autor–autoridad–autorizan te de un pensamiento crítico. Veinte años des pués, arribada la Revolución Francesa, cuan do Robespierre, uno de los líderes del ala iz quierda radical de esa revolución, líder de lo jacobinos, recuerde su juventud como gris insulso abogado de provincia, va a rememo rar lo que le produjo la lectura de Rousseau Va a recordar esa comunión silenciosa, calla da, privada, entre lo escrito por Rousseau, po ese autor, por ese intelectual, y la actuación de Robespierre como jacobino con la suma de poder público. En este encuentro tenemos po un lado a Robespierre que lee a Rousseau, que lo ama, que lo sitúa como figura simbólica señera de su propia práctica política que y no se da en un solitario gabinete con viejos li bros, sino en las calles de París, en la lucha social, en la guerra europea, también en la gui llotina. También en la revolución que se co me a sí misma desde su propio terror. Y po otro lado tenemos a Rousseau, que no conci bió que suescritura iba a conmocionar la his toria grande, desde la generación de los Ro bespierre. Ahí encontramos arquetípicamente una primera instancia de lo que puede resul tar la relación entre una autoría, que es una escritura en lo moderno, y la aparición de es lector colectivo, político, que piensa realmen te cambiar el mundo.

También en nuestra historia, también en es ta aldea de barro y paja de 1810, inciden pro fundamente aquellos libros que llegaban en fra gatas después de tres meses de recorrer el mar



“Micropolítica de la resistencia”

“Volviendo a la vieja cuestión del intelectual”

CLASE DE NICOLAS CASULLO

Hay un tema complejo y polémico dentro de nuestra historia, y también polémico en el campo de la relación entre conocimiento y política que atraviesa la crónica moderna. Es el tema de una figura controvertida, necesaria pienso, discutible siempre: la figura del intelectual. La del intelectual en tanto aquella conciencia impugnadora del estado de las cosas, de los órdenes establecidos, no sólo en términos macrosociales como se dice ahora, sino en los detalles y acontecimientos que produce la vida diariamente. Para muchos la cuestión del intelectual es anacrónica a la época, a otros los incomoda por improductiva, algunos la piensan ya resuelta vía mundo de la investigación académica. Es hora entonces de hablar más que nunca del intelectual.

Decía que en nuestra historia esta figura arrastra una crónica conflictiva desde el principio, que puede verificarse en ciertas circunstancias donde aparece el intelectual ligado a lo político, algunas veces ligado a lo militar, en ocasiones resentido con su propio oficio de intelectual, o ambicioso de un pensar crítico sobre la biografía de su sociedad. Otras veces intentando un pensar de avanzada, o un pensar opositor a lo instaurado. Muchas veces seducido por el poder, y que va a tener con el poder político una relación contradictoria, oscura y al mismo tiempo iluminadora. Oscura en tanto no va a encontrar nunca en la Argentina, a diferencia quizás de otros lugares de la historia como el europeo con su viejo linaje cultural, un reconocimiento acabado: ni de los poderes, ni de las instituciones, ni de la sociedad en general. Al mismo tiempo ese desfasaje o descentramiento en su relación con la política va a permitirle, sin embargo, la posibilidad de alumbrar ciertas zonas de nuestra historia, ayudarnos a comprenderlas. Estoy pensando, por ejemplo, en binomios en donde uno de los términos aparece auroleado con el perfil del intelectual. Moreno–Saavedra, por ejemplo, Echeverría–Rosas, Dorrego–Lavalle, Sarmiento–Facundo. De un lado la individualidad crítica, del otro, el poder actuante. De un lado la política instituida o representada, del otro lado del binomio, apenas una literatura. La de Sarmiento, que plantea el drama entre esa política, Facundo, que emerge de las oscuras formas de la historia argentina, como sombra esquiva para un intelectual que está pensando la revolución traicionada. Que está pensando su carrera política desde el exilio, que está pensando cómo insertar a la Argentina en un desarrollo civilizatorio en el cual cree profundamente. Desde la pluma de Sarmiento se va a gestar una marca, una muesca de lo que podría ser el gesto intelectual nacional. El leer una maldición en nuestra historia, y al mismo tiempo percibir que la historia argentina contendría una suerte de secreto a ser develado, para extirparla, es decir, resolverla.

Sarmiento será un intelectual de éxito, llegó a presidente años después. Estoy pensando también, por ejemplo, en las figuras de otro binomio en otra coyuntura: Perón con Cooke, en donde a través del intercambio epistolar encontramos otra vez la tensión entre un militante político, un cuadro político intelectual que trata de re-pensar a la Argentina y a su sujeto popular luego de la caída del peronismo, frente a un líder político de masas que en algún momento lo escucha, que en otro momento no lo escucha, que en algún momento pareciera razonar en sincronía, que en otro momento lo aparta, que le responde, que no le contesta, que finalmente lodesestima. En Cooke aparece, a través de toda una fragua de hechos políticos, de cartas que van y que vienen y que nos hacen recordar al sueño morenista del Plan de Operaciones, aparece, digo, otra vez el drama de cómo ligar un pensamiento que trata de vertebrar una época, de teorizar determinadas circunstancias culturales, políticas, históricas de la Argentina, con lo político en sentido directo, inmediato, a secas, la letra de Perón. Es decir, con lo político optando por la sencillez del blanco o negro y con la propia lógica y contundencia de la política. Perón tiene algo de Cooke, por el cual el líder queda seducido, pero mucho más Cooke con dicho dato. Cooke tiene algo de Perón, pero ese algo es también, en realidad, una infinita distancia, un pantano trágico en su alma.

Puede decirse que en estas figuras inarmónicas entre sí, cuadro fallido, nosotros podemos encontrar instalado el drama del intelectual en nuestro país. Habría el secreto de una negatividad a despejar intelectualmente, que anida en lo político. Aun en lo más filiar de lo político, pero que solo lo político, no lo intelectual, puede resolver. Precisamos recuperar esta escena del conflicto, hoy quizás más que nunca si por intelectual reconocemos aquella figura de una conciencia crítica deslindada de las discursividades del poder político y cultural, que trata de dar cuenta de los silencios de un mundo en la propia y atiborrada palabra de ese mundo. Que trata dę dar cuenta de los silencios de la crítica desde su imaginaria y literaria entrada en escena.

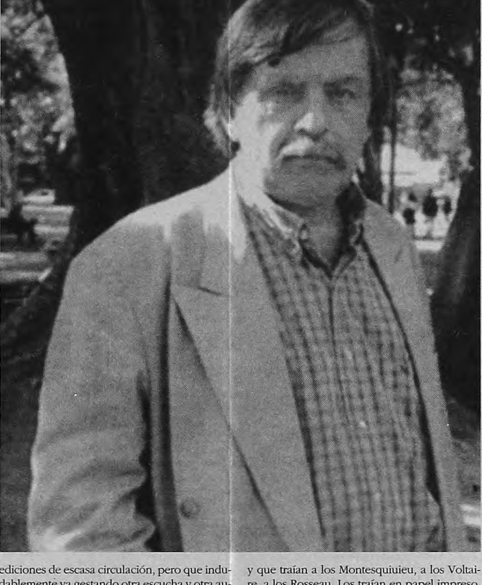
Digo, hoy más que nunca nuestro país necesita regresar a está problemática: a este drama intelectual que desde su hacer del mundo un drama, suele escribir. Escribir sintiendo siempre que nuestra historia ha sido atravesada realmente por el mal, por una maldición. Hoy por la muerte, el estado de terror, la tortura y la sangre de los cuerpos, por lo acontecido: el sinsentido de la víctima, lo inhumano. Cuando una historia penetra en ese territorio que ultima y que la ultima, pareciera llamar a un pensamiento, o desafiar a un pensamiento, como reclamándole: “estate a la altura de lo que aconteció”. Yo, particularmente, pienso que no estuvimos a la altura. Que no estamos todavía a la altura de pensar con la profundidad que exige no sólo la memoria política, no sólo la memoria social, sino el propio hecho existencial de una historia casi llevada a catástrofe. Siento que precisamente el pensamiento argentino todavía no ha adquirido, desde esta figura intelectual, reflexiva, dolida por el mundo, que sueña con develar con palabras el secreto, no ha alcanzado la altura de pensar ahora lo argentino en abismo. Esto no significa una crítica desde la desesperanza, sino un reconocimiento, donde me incluyo, de que el desafío es fuerte. Hay veces donde la historia nos muestra una mayor sencillez para llevarla sobre los hombros. Hay veces donde la historia, y no solamente la argentina, nos plantea una problemática donde quizás cuesta años tratar de reencontrarle un hilo, reencontrar nuestras palabras de identidad.

> *"Tenemos por un lado a Robespierre que lee a Rousseau, que lo ama, que lo sitúa como figura simbólica y señera de su propia práctica política. Pero la práctica ya no se da en un solitario gabinete sino en las calles de París."*

Esto también ha sucedido en Europa a partir de otras situaciones catastróficas. Pienso que esta exigencia –estar a la altura de lo acontecido– es precisamente el desafío que se tiene que proponer el intelectual crítico. Es decir, autoexigirse, pensar desde el horizonte máximo del presente y hacia atrás, sabiendo que dicho lenguaje o texto, teoría o poética que tendría que emerger de sus interrogante, está todavía lejos de ser decible. La apuesta es política en el sentido que se está discutiendo la historia del poder y la víctima. Es filosófica, en el sentido de preguntarnos a qué lugar de inteligibilidad quiero llevar esta historia, a qué lugar de significado quiero llevar esta historia, para no instrumentarla con ningún circunstancial viento ideológico de época. Y también es estética, en el sentido de esa perpetua búsqueda del verso, palabra, figura, color, sonido, que nunca se encontrará definitivamente, pero que finalmente hará de la historia de tal búsqueda el lugar de unaética innegociable. La tarea intelectual, el ensayo de una crítica al estado de la sociedad y su historia, es guiada en el fondo por aquella utopía de las palabras a reunir en texto que definirán las cuestiones. Palabras sobre el mundo, que vamos encontrando en el camino de las siempre inhallables.

Desde esta perspectiva el intelectual es aquella figura, o tendría que ser –por lo menos muchos lo han pensado así–, que se enfrenta al mundo en una suerte de soledad activa, o de articulación reactiva con los corredores legalizados del pensar, y desde ahí sueña su escritura. Si uno rastrea históricamente su figura, podríamos decir que nace con la crónica moderna. No significa esto que no hayan existido antes pensadores de gran envergadura y de gran porte dejándonos sus señas. Pero es en el siglo XVIII, el llamado siglo de la Ilustración crítica –aquel siglo donde la modernidad civilizatoria capitalista en cierne va a elucubrar las grandes discursividades que vertebrarán los valores de la historia moderna–, es en este siglo donde precisamente nace el perfil social y político del intelectual. En un principio llamado filósofo, o libertinos como se los llamaban en el XVII (no en el sentido que hoy tenemos de la palabra, sino en cuanto a una búsqueda de plena libertad argumentativa), hombres que se desataron, intelectual y espiritualmente, de los poderes dogmatizados que regían la comprensión de la historia y del hombre, básicamente transmitidos a través del poder de la Iglesia en ese entonces.

Es en ese siglo XVIII donde aparece definitivamente nuestra figura, que va a ser consustancial a lo moderno, y que va a adquirir un extraño poder. Un poder que a los otros poderes milenariamente establecidos –noble, militar, eclesiástico– le va a resultar un incordio. No van a entender de qué se trata en definitiva ese nuevo poder que se desliza como reguero de pólvora escrita. Y la primera respuesta –pero no la última– va a ser la represalia, la persecución, el castigo. ¿Cuál es este poder? El del autor, el del autor de textos críticos. En una sociedad con poderes clara y legendariamente constituidos, aparece esta silueta extraña, la de un sujeto que escribe en la soledad de su gabinete, que camina el mundo, que conversa, que ve, y que va gestando un público: un público lector. Y que a partir de ese público lector va generando etéreas, o no tan etéreas, corrientes de opinión pública que acceden a esa misma intención crítica del autor. Crítica a los poderes absolutistas, crítica a los poderes cercenadores de la libertad, a la intolerancia, a la injusticia social, crítica frente a la cual no saben muy bien, los poderes, qué es lo que tienen que hacer. Qué es lo que tienen que hacer no con los temas, sino con este personaje. Porque en realidad es un personaje que no tiene ningún poder, que está solo escribiendo, imaginando, atando cabos, trazando línea sobre línea para



ediciones de escasa circulación, pero que indudablemente va gestando otra escucha y otra audición en lo social.

Pensemos quizás en la figura mas fuerte de ese siglo XVIII francés, en Rousseau, que va emergiendo como autor–autoridad–autorizante de un pensamiento crítico. Veinte años después, arribada la Revolución Francesa, cuando Robespierre, uno de los líderes del ala izquierda radical de esa revolución, líder de los jacobinos, recuerde su juventud como gris e insulso abogado de provincia, va a rememorar lo que le produjo la lectura de Rousseau. Va a recordar esa comunión silenciosa, callada, privada, entre lo escrito por Rousseau, por ese autor, por ese intelectual, y la actuación de Robespierre como jacobino con la suma del poder público. En este encuentro tenemos por un lado a Robespierre que lee a Rousseau, que lo ama, que lo sitúa como figura simbólica y señera de su propia práctica política que ya no se da en un solitario gabinete con viejos libros, sino en las calles de París, en la lucha social, en la guerra europea, también en la guillotina. También en la revolución que se come a sí misma desde su propio terror. Y por otro lado tenemos a Rousseau, que no concibió que suescritura iba a conmocionar la historia grande, desde la generación de los Robespierre. Ahí encontramos arquetípicamente una primera instancia de lo que puede resultar la relación entre una autoría, que es una escritura en lo moderno, y la aparición de ese lector colectivo, político, que piensa realmente cambiar el mundo.

También en nuestra historia, también en esta aldea de barro y paja de 1810, inciden profundamente aquellos libros que llegaban en fragatas después de tres meses de recorrer el mar, y que traían a los Montesquiuieu, a los Voltaire, a los Rosseau. Los traían en papel impreso, palabras al parecer indefensas frente al fragor del mundo real. Precisamente uno de los primeros actos que decide Moreno como secretario de la Junta, es editar *El Contrato Social* de Rousseau. Junto con el acontecimiento político, económico, militar, aparece el acontecimiento intelectual, aquello que une la palabra escrita de ese autor–autorizante pensando el mundo de manera distinta, y aquel que lleva eso a las calles, a las tensiones entre poderes, a proyectar nada menos que nuestra independencia, mas allá indudablemente de los entretejidos políticos y económicos que juegan en este caso. La pregunta que me hacía era si este intelectual que vuelvo a discutir en nuestra actualidad ha concluido esa larga misión que le otorgó lo moderno, y en donde apareció situado en el campo de la crítica. Si es posible rediscutirlo, entender por qué se agotó. Si es necesario recuperar parte de esa herencia crítica para nuestro presente. La figura simula estar como extinguida hoy, como añorada por algunos, enjuiciada fuertemente por otros como ese intelectual soberbio, absolutamente autista en su mundo de las ideas, que llevado por su apasionamiento no calculó los riesgos de la historia que utópicamente escribía, por lo cual se lo percibe como necesario de ser suplantado, dejado atrás.

Desde otra perspectiva su figura surge como mitificada y fundida al tiempo de los '60 y de los '70 en la Argentina. Tiempo político e ideológico que tenía y contenía todavía la problemática del papel del intelectual, de cuál era la misión del intelectual, a qué tenía que renunciar o qué otras dimensiones de prácticas debía asumir. Recuerdo una charla con Rodolfo Walsh, allá por 1971. Rodolfo tenía una posición muy clara y muy precisa sobre qué papel tenía que jugar este hombre de las literaturas. Porque efectivamente esta figura de que la estoy hablando es un hombre de las literaturas. Es un hombre que emerge del campo básicamente literario en un doble sentido. Escribe en un papel, y las escrituras de las novelísticas modernas, sin querer o queriendo, lo fueron construyendo sobre papel impreso como “personaje” ficcional de la lucidez, del desconsuelo, de la crítica a la vida, del margen elegido. Podríamos decir que en el amplio mundo de la cultura y la educación sistemática, intelectual es el médico, el ingeniero, el compositor de música. Pero con respecto a esa figura del intelectual crítico que atraviesa el siglo XX, es desde el campo de las literaturas donde se va a producir el debate y la discusión sobre su rol y función. El va a pasar a ser fruto de una u otra elección, con respecto a su literatura. Para Rodolfo Walsh, escritor, periodista, los '70 no eran ya un tiempo para seguir escribiendo ficciones o notas, para seguir trabajando en el mundo de la novelística y el ensayo, sino para asumir otras actitudes y compromisos.

Precisamente en los '60 y '70 recrudece esta problemática en América latina, cuando la Revolución Cubana y su ejemplo pasó a tener peso en la decisión o la resolución existencial del intelectual. Por una parte se planteaba si tenía que seguir haciendo su literatura, y desde lo más genuino de su literatura ejercer su impugnación al mundo. El arte genuino sin duda es impugnación al mundo. Desde ahí, ser camarada de ruta de los militantes políticos, como hacía el viejo Partido Comunista. O si ese intelectual “de la literatura” (novelística, poética ensayística,periodística) tenía que trasladar su compromiso a un plano mucho más directo, mucho más concreto de interpelación al mundo social, político e histórico injusto, y vincularse a la política con otro tipo de práctica frente a la realidad. Otro modelo que se destacaba, y servía de guía, era la actuación de Sartre, por ejemplo, con su compromiso literario, escritural, crítico, ensayístico, periodístico, frente a acontecimientos que directamente afectaban cada actualidad. El tercer modelo, por último, era aquel que planteaba la revolución en América latina, la nueva izquierda, y ciertas figuras a las que se las veía o comprendía como provenientes del campo intelectual, como podría ser el Che Guevara, Fidel Castro, quienes habían sido médico, abogado, antes estudiantes, y que representaban, simbolizaban, la renuncia directa a ese campo cultural, y el pasaje a la militancia revolucionaria a secas. Estas variables signaron el debate de la generación sobre finales de los '60, principios de los '70.

Podríamos decir que las tres perspectivas fueron mas o menos cumplidas y polemizadas. Pero ahí se concentraba todavía, les decía, la problemática del intelectual. No como la vivimos ahora, una suerte de recuerdo de una tradición, sino en una encrucijada donde se discutía, se querellaba, donde a partir de una historia política constituida, de campos políticos constituidos, se debatía qué significaba tomar actitudes. Asumir compromisos de otra índole. Desde este punto de vista, yo diría que aquella generación fue leal al tema sobre el intelectual en la modernidad, a la sombra de figuras como las de Marx escribiendo muerto de frío *El Capital* en la biblioteca de Londres, pero fundando y conspirando desde Internacionales comunistas. Poder intelectual en tanto conciencia crítica, que va a acompañar permanentemente los movimientos de la historia moderna desde su inicio. A tal punto que ya para Napoleón, es decir en el tiempo posterior a la Revolución Francesa, esta figura intelectual, ideólogo, no sólo va a estar presente sino que va ser objeto de desprecio, de crítica por parte del Emperador, y en donde ya se inscribe lo que será el permanente desencuentro entre pensamiento intelectual, sociedad, poderes y proyectos políticos. Napoleón va a decir de los intelectuales (a los que llamó y en un principio lo apoyaron) que con “sus ideologías metafísicas causan el infortunio de nuestra bella Francia”. Va a decir que se necesita “arrojar a un charco a esos doce o quince metafísicos ideólogos, que pululan como sabandijas alrededor mío, manga de imbéciles que suspiran por la libertad de prensa y de palabras y creen en el poder de la opinión pública”. Napoleón los conoce, se ha embebido de sus elucubraciones. El se siente heredero de la revolución y a través de la guerra y la conquista tratará de expandirla por Europa. En Napoleón, en todo caso, se hace presente por primera vez el drama: no es lo mismo un pensamiento crítico que avala y piensa un proyecto, que ese proyecto político en sí, llevándose a cabo. Ambas dimensiones reunidas transitan necesidades distintas, llevan a lógicas distintas, tienen objetivos en todo caso diferentes. Entonces suele suceder que la política abomine de los intelectuales.

La escritura es un imaginario peligroso, ilimitado, vertebrado por éticas e ideales que nunca salieron del papel. La política moderna producirá imaginarios más peligrosos todavía, donde las éticas y los ideales deben abdicar frente a la seducción y la pesadilla de los hechos que ella misma produce. Recordaba la cita de Napoleón, porque en palabras muy similares muchas veces en la historia del siglo XX, se le va a endilgar al intelectual tal tipo de acusaciones. Y, efectivamente, puede ser aludido como un ideólogo, como una molestia, como un crítico inoportuno, como aquel que no responde a las necesidades políticas colectivas inmediatas, como aquella mente complicada que no advierte quehay circunstancias en donde debemos cerrar los ojos frente a nuestras propias políticas, para no perjudicarlas con una crítica.

> *"En los '60 y '70 se planteaba el intelectual si tenía que seguir haciendo su literatura, y desde ahí ejercer la impugnación al mundo, o hacer como Sartre, con su compromiso crítico y ensayístico, o pasar a la militancia revolucionaria a secas."*

Cuando llegamos a 1970, la figura del intelectual que vivencia mi generación ya está absolutamente constituida en la cultura de las izquierdas. Hay posibilidad de rastrearla, de hacerle una genealogía, de marcar sus distintos tiempos, de fundamentarla “científicamente”, y cronometrar si estamos más cerca o más lejos de algunas de sus siluetas. Para la gente que provenía del campo de la cultura, de la novelística, de las revistas literarias, del periodismo, la problemática de acceso a la política, tenía que resolver previamente, en lo íntimo y en lo socializado con pares, este tema del intelectual.

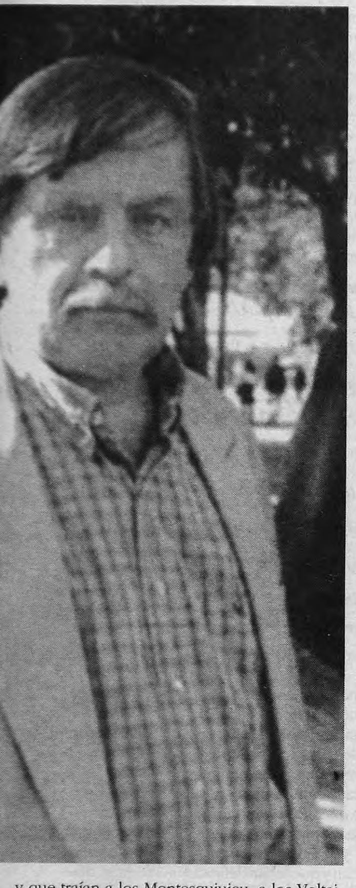
En esa época, el francés Edgar Morin plantea una definición tajante, casi risueña pero muy clara sobre lo que se entendía entonces por un intelectual. El dice: “El intelectual emerge en el campo cultural: el escritor que escribe una novela es escritor, pero si habla sobre las torturas en Argelia, es un intelectual”. Así aparece entonces el intelectual, una particular conciencia. Es interesante esta cita porque es directa, precisa, sin sutilezas. Emblemática de una época que parecía tener todos los discursos y respuestas ya escritos y digeridos. Si escribe una novela es un escritor, más allá de lo que esa novela puede contarnos. Si habla sobre la tortura en Argelia, como hacía Sartre en ese momento, si denunciaba la actuación del ejército francés en su colonia argelina, si hablaba de la tortura de argelinos, era un intelectual. Es decir, si uno dispone de una escritura crítica y, abandonando los acogedores lugares institucionales de una escritura (como puede ser la novela o el texto de un historiador), decide plantear qué está sucediendo con los argelinos torturados, esta otra materialidad de la escritura redefine a su creador, lo muta en intelectual. La escritura intelectual es la que deserta de los registros instituidos por las bellas artes o la academia. La que se exilia de tales códigos donde la sociedad las percibe y se tranquiliza. La escritura del intelectual se ha deslizado hacia una inmediatez precaria, hacia una suerte de sacrificarse a sí misma, para emprender el camino de hablar los silencios del mundo afuera. O para silenciar el rumor de todas las otras escrituras, para denunciar sus capacidades de oscurecimiento.

Este perfil del intelectual estuvo muy presente durante los '60 y '70 en los campos culturales y políticos de América latina y de la Argentina. Papel que nace de la literatura, que nace del reconocimiento del “yo” escritor, del “yo” filósofo, del “yo” novelista, del “yo” poeta, y que pega un salto, se desliza hacia otro lugar, que para Roland Barthes va a ser como un no lugar: un lugar que no tiene demanda consagrada por la cultura. Un texto paria. Paria y maldito, dice Roland Barthes. Escritor que, desde la propia escritura que lo consagró, está ahora diciendo otras cosas desde otro lugar. Está planteándose lo que Sartre llamaba una “conciencia impugnadora”. Está hablando desde un texto que no tiene lugar institucional, que no tiene reconocimiento instituido por los propios géneros míticos de la cultura burguesa.

En ese tiempo Sartre decía: “El lenguaje es un objeto que me envuelve”. Y en esa misma entrevista agrega: “He puesto la posesión del mundo en las palabras”, es la época de su “compromiso político” donde denuncia al stalinismo, donde trata de refundar una idea de izquierda, donde apoya la Revolución Argelina, donde prologa el libro de Fanon, para reivindicar la posición de ese otro intelectual tercerista médico que está planteándose la violentación de una identidad, la argelina, y la necesidad de la violencia para recuperar la identidad avasallada. Sartre está envuelto en palabras, el mundo lo posee y posee al mundo a través de las palabras. Para Sartre la palabra es el peso rotundo de una materialidad que invade lo real, que ocupa la ciudad como la gigantesca humareda de una bomba. Las palabras estallan, envuelven, se estiran con los vientos, atrapan aun lasconciencias que no quieren ser atrapadas. El intelectual es el poseedor de esa atmósfera densa, donde los agujeros del mundo reptan entre los renglones, las frases, los puntos y comas. Donde el mundo es inscripto políticamente hasta en sus gestos imperceptibles y recónditos. Las palabras son como babas del diablo que gotean, que se adhieren al mundo, que lo atenazan con significaciones que el natural transcurrir del mundo y del sistema nunca previó tener que afrontar. Sartre recuerda cómo cambió radicalmente, trata de explicar su pasaje de ser un filósofo, escritor de obras filosóficas, a esa otra figura de la crítica rotunda intelectual que enlaza mal o bien con la política, con los proyectos de vanguardia, con los proyectos estéticos de la protesta y el cuestionamiento. Dice “yo cambié radicalmente mi punto de vista durante la Segunda Guerra”. Sartre soporta la ocupación alemana de París. Y nos cuenta con dejo exis- ▶

uestión del intelectual"
OLAS CASULLO

"la resistencia"



y que traían a los Montesquiuieu, a los Voltaire, a los Rosseau. Los traían en papel impreso, palabras al parecer indefensas frente al fragor del mundo real. Precisamente uno de los primeros actos que decide Moreno como secretario de la Junta, es editar *El Contrato Social* de Rousseau. Junto con el acontecimiento político, económico, militar, aparece el acontecimiento intelectual, aquello que une la palabra escrita de ese autor–autorizante pensando el mundo de manera distinta, y aquel que lleva eso a las calles, a las tensiones entre poderes, a proyectar nada menos que nuestra independencia, mas allá indudablemente de los entretejidos políticos y económicos que juegan en este caso. La pregunta que me hacía era si este intelectual que vuelvo a discutir en nuestra actualidad ha concluido esa larga misión que le otorgó lo moderno, y en donde apareció situado en el campo de la crítica. Si es posible rediscutirlo, entender por qué se agotó. Si es necesario recuperar parte de esa herencia crítica para nuestro presente. La figura simula estar como extinguida hoy, como añorada por algunos, enjuiciada fuertemente por otros como ese intelectual soberbio, absolutamente autista en su mundo de las ideas, que llevado por su apasionamiento no calculó los riesgos de la historia que utópicamente escribía, por lo cual se lo percibe como necesario de ser suplantado, dejado atrás.

Desde otra perspectiva su figura surge como mitificada y fundida al tiempo de los '60 y de los '70 en la Argentina. Tiempo político e ideológico que tenía y contenía todavía la problemática del papel del intelectual, de cuál era la misión del intelectual, a qué tenía que renunciar o qué otras dimensiones de prácticas debía asumir. Recuerdo una charla con Rodolfo Walsh, allá por 1971. Rodolfo tenía una posición muy clara y muy precisa sobre qué papel tenía que jugar este hombre de las literaturas. Porque efectivamente esta figura de que la estoy hablando es un hombre de las literaturas. Es un hombre que emerge del campo básicamente literario en un doble sentido. Escribe en un papel, y las escrituras de las novelísticas modernas, sin querer o queriendo, lo fueron construyendo sobre papel impreso como "personaje" ficcional de la lucidez, del desconsuelo, de la crítica a la vida, del margen elegido. Podríamos decir que en el amplio mundo de la cultura y la educación sistemática, intelectual es el médico, el ingeniero, el compositor de música. Pero con respecto a esa figura del intelectual crítico que atraviesa el siglo XX, es desde el campo de las literaturas donde se va a producir el debate y la discusión sobre su rol y función. El va a pasar a ser fruto de una u otra elección, con respecto a su literatura. Para Rodolfo Walsh, escritor, periodista, los '70 no eran ya un tiempo para seguir escribiendo ficciones o notas, para seguir trabajando en el mundo de la novelística y el ensayo, sino para asumir otras actitudes y compromisos.

Precisamente en los '60 y '70 recrudece esta problemática en América latina, cuando la Revolución Cubana y su ejemplo pasó a tener peso en la decisión o la resolución existencial del intelectual. Por una parte se planteaba si tenía que seguir haciendo su literatura, y desde lo más genuino de su literatura ejercer su impugnación al mundo. El arte genuino sin duda es impugnación al mundo. Desde ahí, ser camarada de ruta de los militantes políticos, como hacía el viejo Partido Comunista. O si ese intelectual "de la literatura" (novelística, poética ensayística,periodística) tenía que trasladar su compromiso a un plano mucho más directo, mucho más concreto de interpelación al mundo social, político e histórico injusto, y vincularse a la política con otro tipo de práctica frente a la realidad. Otro modelo que se destacaba, y servía de guía, era la actuación de Sartre, por ejemplo, con su compromiso literario, escritural, crítico, ensayístico, periodístico, frente a acontecimientos que directamente afectaban cada actualidad. El tercer modelo, por último, era aquel que planteaba la revolución en América latina, la nueva izquierda, y ciertas figuras a las que se las veía o comprendía como provenientes del campo intelectual, como podría ser el Che Guevara, Fidel Castro, quienes habían sido médico, abogado, antes estudiantes, y que representaban, simbolizaban, la renuncia directa a ese campo cultural, y el pasaje a la militancia revolucionaria a secas. Estas variables signaron el debate de la generación sobre finales de los '60, principios de los '70.

Podríamos decir que las tres perspectivas fueron mas o menos cumplidas y polemizadas. Pero ahí se concentraba todavía, les decía, la problemática del intelectual. No como la vivimos ahora, una suerte de recuerdo de una tradición, sino en una encrucijada donde se discutía, se querellaba, donde a partir de una historia política constituida, de campos políticos constituidos, se debatía qué significaba tomar actitudes. Asumir compromisos de otra índole. Desde este punto de vista, yo diría que aquella generación fue leal al tema sobre el intelectual en la modernidad, a la sombra de figuras como las de Marx escribiendo muerto de frío *El Capital* en la biblioteca de Londres, pero fundando y conspirando desde Internacionales comunistas. Poder intelectual en tanto conciencia crítica, que va a acompañar permanentemente los movimientos de la historia moderna desde su inicio. A tal punto que ya para Napoleón, es decir en el tiempo posterior a la Revolución Francesa, esta figura intelectual, ideólogo, no sólo va a estar presente sino que va ser objeto de desprecio, de crítica por parte del Emperador, y en donde ya se inscribe lo que será el permanente desencuentro entre pensamiento intelectual, sociedad, poderes y proyectos políticos. Napoleón va a decir de los intelectuales (a los que llamó y en un principio lo apoyaron) que con "sus ideologías metafísicas causan el infortunio de nuestra bella Francia". Va a decir que se necesita "arrojar a un charco a esos doce o quince metafísicos ideólogos, que pululan como sabandijas alrededor mío, manga de imbéciles que suspiran por la libertad de prensa y de palabras y creen en el poder de la opinión pública". Napoleón los conoce, se ha embebido de sus elucubraciones. El se siente heredero de la revolución y a través de la guerra y la conquista tratará de expandirla por Europa. En Napoleón, en todo caso, se hace presente por primera vez el drama: no es lo mismo un pensamiento crítico que avala y piensa un proyecto, que ese proyecto político en sí, llevándose a cabo. Ambas dimensiones reunidas transitan necesidades distintas, llevan a lógicas distintas, tienen objetivos en todo caso diferentes. Entonces suele suceder que la política abomine de los intelectuales.

La escritura es un imaginario peligroso, ilimitado, vertebrado por éticas e ideales que nunca salieron del papel. La política moderna producirá imaginarios más peligrosos todavía, donde las éticas y los ideales deben abdicar frente a la seducción y la pesadilla de los hechos que ella misma produce. Recordaba la cita de Napoleón, porque en palabras muy similares muchas veces en la historia del siglo XX, se le va a endilgar al intelectual tal tipo de acusaciones. Y, efectivamente, puede ser aludido como un ideólogo, como una molestia, como un crítico inoportuno, como aquel que no responde a las necesidades políticas colectivas inmediatas, como aquella mente complicada que no advierte quehay circunstancias en donde debemos cerrar los ojos frente a nuestras propias políticas, para no perjudicarlas con una crítica.

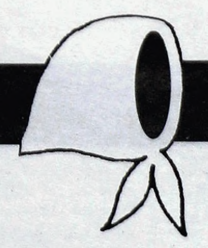
"En los '60 y '70 se planteaba el intelectual si tenía que seguir haciendo su literatura, y desde ahí ejercer la impugnación al mundo, o hacer como Sartre, con su compromiso crítico y ensayístico, o pasar a la militancia revolucionaria a secas."

Cuando llegamos a 1970, la figura del intelectual que vivencia mi generación ya está absolutamente constituida en la cultura de las izquierdas. Hay posibilidad de rastrearla, de hacerle una genealogía, de marcar sus distintos tiempos, de fundamentarla "científicamente", y cronometrar si estamos más cerca o más lejos de algunas de sus siluetas. Para la gente que provenía del campo de la cultura, de la novelística, de las revistas literarias, del periodismo, la problemática de acceso a la política, tenía que resolver previamente, en lo íntimo y en lo socializado con pares, este tema del intelectual.

En esa época, el francés Edgar Morin plantea una definición tajante, casi risueña pero muy clara sobre lo que se entendía entonces por un intelectual. El dice: "El intelectual emerge en el campo cultural: el escritor que escribe una novela es escritor, pero si habla sobre las torturas en Argelia, es un intelectual". Así aparece entonces el intelectual, una particular conciencia. Es interesante esta cita porque es directa, precisa, sin sutilezas. Emblemática de una época que parecía tener todos los discursos y respuestas ya escritos y digeridos. Si escribe una novela es un escritor, más allá de lo que esa novela puede contarnos. Si habla sobre la tortura en Argelia, como hacía Sartre en ese momento, si denunciaba la actuación del ejército francés en su colonia argelina, si hablaba de la tortura de argelinos, era un intelectual. Es decir, si uno dispone de una escritura crítica y, abandonando los acogedores lugares institucionales de una escritura (como puede ser la novela o el texto de un historiador), decide plantear qué está sucediendo con los argelinos torturados, esta otra materialidad de la escritura redefine a su creador, lo muta en intelectual. La escritura intelectual es la que deserta de los registros instituidos por las bellas artes o la academia. La que se exilia de tales códigos donde la sociedad las percibe y se tranquiliza. La escritura del intelectual se ha deslizado hacia una inmediatez precaria, hacia una suerte de sacrificarse a sí misma, para emprender el camino de hablar los silencios del mundo afuera. O para silenciar el rumor de todas las otras escrituras, para denunciar sus capacidades de oscurecimiento.

Este perfil del intelectual estuvo muy presente durante los '60 y '70 en los campos culturales y políticos de América latina y de la Argentina. Papel que nace de la literatura, que nace del reconocimiento del "yo" escritor, del "yo" filósofo, del "yo" novelista, del "yo" poeta, y que pega un salto, se desliza hacia otro lugar, que para Roland Barthes va a ser como un no lugar: un lugar que no tiene demanda consagrada por la cultura. Un texto paria. Paria y maldito, dice Roland Barthes. Escritor que, desde la propia escritura que lo consagró, está ahora diciendo otras cosas desde otro lugar. Está planteándose lo que Sartre llamaba una "conciencia impugnadora". Está hablando desde un texto que no tiene lugar institucional, que no tiene reconocimiento instituido por los propios géneros míticos de la cultura burguesa.

En ese tiempo Sartre decía: "El lenguaje es un objeto que me envuelve". Y en esa misma entrevista agrega: "He puesto la posesión del mundo en las palabras", es la época de su "compromiso político" donde denuncia al stalinismo, donde trata de refundar una idea de izquierda, donde apoya la Revolución Argelina, donde prologa el libro de Fanon, para reivindicar la posición de ese otro intelectual tercerista médico que está planteándose la violentación de una identidad, la argelina, y la necesidad de la violencia para recuperar la identidad avasallada. Sartre está envuelto en palabras, el mundo lo posee y posee al mundo a través de las palabras. Para Sartre la palabra es el peso rotundo de una materialidad que invade el mundo, que ocupa la ciudad como la gigantesca humareda de una bomba. Las palabras estallan, envuelven, se estiran con los vientos, atrapan aun lasconciencias que no quieren ser atrapadas. El intelectual es el poseedor de esa atmósfera densa, donde los agujeros del mundo reptan entre los renglones, las frases, los puntos y comas. Donde el mundo es inscripto políticamente hasta en sus gestos imperceptibles y recónditos. Las palabras son como babas del diablo que gotean, que se adhieren al mundo, que lo atenazan con significaciones que el natural transcurrir del mundo y del sistema nunca previó tener que afrontar. Sartre recuerda cómo cambió radicalmente, trata de explicar su pasaje de ser un filósofo, escritor de obras filosóficas, a esa otra figura de la crítica rotunda intelectual que enlaza mal o bien con la política, con los proyectos de vanguardia, con los proyectos estéticos de la protesta y el cuestionamiento. Dice "yo cambié radicalmente mi punto de vista durante la Segunda Guerra". Sartre soporta la ocupación alemana de París. Y nos cuenta con dejo exis- ▶



ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

tencial, "comencé a descubrir la realidad de la situación del hombre entre las cosas". En realidad en otro libro va a contar qué es lo que lo hizo cambiar, deslizarse hacia un compromiso intelectual político–ideológico que incrusta su escritura en la denuncia del mundo capitalista, sus aberraciones, y también en la denuncia de las desviaciones de la izquierda stalinista. El va a contar sobre la resistencia francesa en la época de la guerra, resistencia donde él no participa mucho, pero donde se entera sobre el torturado, el flagelado, el que un día para el otro desaparece y se sabe que está en alguna de las mazmorras de la ocupación alemana, o ya muerto sin sepultura.

Esos datos concretos, en la palabra de Sartre se convertirán en la metáfora del mundo: del hombre entre las cosas. La radicalidad de las circunstancias provocan casi una mística violentación de su escritura, una paulista transfiguración

"Hay circunstancias de la historia que modifican roles, siluetas, tonos de las palabras, imaginarias posesiones del mundo y en donde el esfuerzo es ver si uno está a la altura. Si no, esa 'posesión intelectual del mundo' se vuelve erudita anestesia."

donde las palabras se cargan intelectualmente de otros imanes, de otros encuentros entre sí, de otro fondo de ellas mismas. Es confrontando con esa escena fantasmal del lapidado, cuando Sartre dice discernir otro fondo del mundo para deslizar la letra de su literatura, su trazo, su compromiso de letras. Una letra mucho más directa, acusadora, absolutamente conmovida por las circunstancias históricas, vertidas en los editoriales de su revista *Los Tiempos Modernos*, en su capacidad de actuación inmediata, como todavía la sigue teniendo en el '68 francés de las juventudes contestatarias cuando aparece en el gran acto de la Sorbona con Daniel Cohn Bendit, el líder del Movimiento 22 de marzo. Ahí Sartre le dice al joven (nos dice): "Bueno, ahora dígame usted de qué se trata, ahora usted dígame lo que hay que hacer". Seductor, demagógico sin duda, para algunos en esa ocasión hasta un poco oportunista. Yo no lo creo tanto, en el sentido de que ese viejo "poseedor del mundo" en sus cuadernos, se encuentra de pronto con una experiencia de rebeldía que lo rebasa y que plantea elementos críticos también contra la figura del intelectual, contra el propio Sartre. Los estudiantes franceses del '68 escriben en las paredes: "Estamos hartos de los intelectuales académicos". Estamos hartos de los que se la pasan escribiendo y son incapaces de salir a la calle y buscar otras cosas. También Sartre se siente interpelado. Se siente ahora en el lugar del mundo opaco, silente. Y hacia ese mundo va, abandona el escritorio. Sabe que podrá volver de afuera, volver a poseer el mundo, que habrá una escritura que lo regrese de nuevo a esa realidad fantasmal de las palabras endurecidas, compactas, titilantes. La llamada generación cultural literaria de los '60 se embebió de estos personajes, desde las literaturas leídas. Pero en el '68 la juventud también tenía un dedo acusador inapelable sobre dichos personajes que se situaban en el campo intelectual.

No era la acusación de Napoleón, era un acusación que provenía desde la izquierda: ¿qué hacen ustedes que siempre siguen haciendo lo mismo? Y allí Sartre va a tener un respuesta digna, pienso, diciendo que se había acabado el tiempo de enseñar a Baudelaire y que la acción estaba en lascalles. Pero lo cierto, y acá regreso un poco a la historia argentina, Sartre siente a partir de la guerra y el nazismo que su escritura tiene que adquirir otra envergadura, otro reto. Otra dimensión crítica, a partir de encontrarse con la violencia selectora y aniquiladora de lo humano, con la tortura, luego con el colonialismo homicida a sangre fría, antes con el poder nazi en lo cotidiano. Es evidente que hay circunstancias de la historia que modifican roles, siluetas, tonos de las palabras, imaginarias posesiones del mundo, y en donde, como les decía al principio, el esfuerzo es ver si uno está a la altura. Y si no se está a la altura evidentemente esa "posesión intelectual del mundo" decrece, cae, se trasvestiza, usufructúa, dice sin decir, habla sin hablar, parodia, ornamenta, se vuelve erudita anestesia. Crítica sin criticar. No ha podido responderle al mal en la historia.

Yo señalaría, para entender este perfil de una crítica necesaria en la Argentina de hoy, de una crítica a las lógicas que presiden un mundo inhumano y tan lleno de shoppings –un mundo y un sentido común que nos incomoda y nos molesta–, señalaría ciertos componentes que a través de determinados pensamientos fueron diseñando lo que se entendería como planteo intelectual de crítica radical a un mundo en sus circunstancias específicas. El mundo que nos toca vivir. Una suerte de "decálogo" de la crítica necesaria. Al primero que elijo es a Rosseau. El tiene una posición muy clara en aquel siglo de la Ilustración. El es parte de esa ilustración, de ese movimiento que condena un mundo dado por represor, asfixiante y negador de la libertad del hombre. Sin embargo, Rousseau va a ser crítico de los propios sabios y doctos que constituyen esa ilustración. Va a plantear que su insatisfacción básicamente los contiene a ellos, o sea sus pares: a las figuras intelectuales de su tiempo.

Rousseau escribió un texto que se llama "Discurso a las Ciencias y a las Artes" donde argumenta sobre tres cuestiones que creo conforman el fondo de una crítica intelectual que la modernidad tuvo y debe recuperar. ¿Qué planteaba en el principio de ese texto? Primero: no se le iba a perdonar el partido que adoptó, es decir, el de un crítico que no se ubica en la complacencia de su propio campo cultural. Su palabra va a molestar a los escribientes de su época. Luego dice: se trata de analizar las cuestiones que jamás se plantean, porque al mundo intelectual no le interesa plantear. Se trata de marcar en el infinito ruido de las voces y los hechos, lo que en realidad queda en silencio. Como si descubrir eso que queda en silencio constituyese imaginariamente el secreto de la resolución de una historia donde muchos hablan. Tercera postura de Rousseau: choco de frente con lo que hoy causa la admiración de los hombres de letras, es decir con lo que podríamos llamar los discursos hegemónicos en el campo de la cultura. Me están relatando una representación del mundo, yo con esos choco críticamente, discuto, debato. Se refiere a la apología a–crítica de la Ilustración, que para Rousseau dejaba en un cono de sombras cuestiones como el sentimiento en lo humano, las tradiciones vitales, la identidad de las cosas y los hombres, la memoria de valores, el desprecio a las culturas populares, el autismo de lo académico.

La segunda figura que recobro es Karl Marx. Marx en la primera parte del *Manifiesto Comunista* cuenta sobre el desarrollo del progreso, de la industria, las comunicaciones, el avance indetenible de la historia: una apología de Marx sobre esa marcha fabulosa de lo burgués revolucionario. Justo cuando está describiendo ese horizonte utópico de la modernidad que todo lo puede alcanzar a partir de las promesas del propio sistema productivo, cuando está absolutamente lanzado a la construcción del mito de lo civilizatorio, dice que "de pronto" se precipita en esa historia un estado de súbita barbarie. Algo similar, dice, a una guerra exterminadora de los sentidos. Esa escena sería la del exceso civilizatorio, donde la historia enmudece, no puede dar cuenta de sí misma, avanza ciega ydestructoramente. Recojo esto, porque Marx acá hace una profunda inflexión de discusión crítica con la historia. La barbarie no es lo que va quedando racionalmente atrás, como pensó la lógica de la Ilustración iluminista. La barbarie es lo que nos está esperando en el proceso de desarrollo civilizatorio, manejado simplemente por intereses económicos y leyes del beneficio. Es decir, de pronto la historia para Marx deviene catástrofe. ¿Qué quiere decir? Pérdida de sentido, mutismo de la razón autofundamentadora de un tiempo, nihilismo. La barbarie es lo que nos espera. Por supuesto, para Marx ese estado de súbita barbarie tiene una forma de solución social y política: el ascenso, lucha y triunfo del proletariado que racionaliza y rehumaniza la historia del hombre. Pero lo que importa acá es cómo este planteo crítico nos está diciendo algo en términos radicales: en lo civilizatorio capitalista la barbarie es lo que nos está esperando, no lo que la simple idea de progreso científico y técnico dice que va quedando atrás.

Hay otro pensador, el filósofo de la sospecha, Friedrich Nietzsche, quien también va a aportar algunos elementos para componer la figura del intelectual crítico en la modernidad. El va a sostener, desde una genealogía de los grandes metadiscursos, que dichas omnicomprensiones del hombre y el mundo carecen del supuesto fundamento de verdad: dichos discursos morales, religiosos, científicos, nos están planteando realmente el ocultamiento del vacío de fundamento, desde su capacidad metafísica exitosa en todos los planos. De ahí su posicionamiento filosófico global: "Yo ataco solamente lo que tiene éxito", dice Nietzsche. Una frase dura porque toca a derechas y a izquierdas. A los buenos y a los malos. A los justos y los injustos. A los progresistas y a los retrógradas. En un mundo presidido por una racionalidad irracional, que niega la biografía de sus discursos de poder, que cuelga sobre la nada, al borde del abismo, en el nihilismo, en ese mundo lo que tiene éxito, lo que se unanimiza, el propio campo de la cultura y sus doctos divulgadores, de por sí es lo más sospechoso. El pensamiento de éxito, para Nietzsche, es el adherido intelectualmente a la maquinaria ocultadora, falseadora, "bienintencionada", tanto de derecha como de izquierda. "Yo ataco sólo lo que tiene éxito", dice Nietzsche, como plafond guía de su crítica cultural al presente. Si nosotros practicásemos esto, nos quedaríamos bastante solitarios. Mejor dejar pasar la cosa.

De Max Weber, pensador alemán que trabaja encabalgado al 1900, sin duda refundador del conocer sociológico, rescato una argumentación donde plantea: únicamente se abre auténticamente el horizonte de la crítica a la cultura, a partir de confrontar con los discursos más capacitados para explicar el horizonte de conocimiento sobre la época. ¿De qué idea parte Weber? De que la barbarie (irracionalidad camuflada de racionalidad, aporte a la nihilización) anida también en aquellas discursividades y escrituras del saber, que menos conciencia tienen de que anidan a tal barbarie. Y esa sería la más desconsoladora barbarie: por la dificultad para ponerla de manifiesto, porque habla desde el supuesto lugar del "Bien". Esto es un tema muy profundo que también nos atraviesa, porque nosotros argentinos ya no somos historia y escritura ingenua e inocente, como durante tanto tiempo creíamos entender que más o menos éramos. Es decir, discutir con aquello que aparece claramente descifrable como el mal no plantea ninguna discusión crítica genuina. Efectivamente es el mal, pero hasta tal punto que no hay discusión. Es decir, no hay iluminación sobre algo todavía no pensado: sobre lo que reviste el propio mal. Es una reiteración justa, indiscutible, nada más. En cambio Weber nos estaría diciendo: discutamos con aquello que aparece indiscutible, en tanto conocimiento y planteo explicativo de una época. En tanto opinión o saber constituido y rutinario en sus argumentaciones. Enorme y dificultosa tarea del intelectual, porque es con respecto a lo más tranquilizador y alabadode un mundo de comprensiones, pseudocríticas y sentido comunes, contra lo que debe emerger la crítica y confrontar, para poner en cuestión instrumentos y dispositivos de análisis, preguntándoles para qué y hacia qué están actuando.

El último que elijo. El filósofo berlinés Walter Benjamin expone su pensamiento más fecundo en su crítica a las concepciones dominantes de la historia. Plantea su análisis, en lo que nos importa, sobre el campo de la cultura de izquierda, sobre él mismo. Dice: frente al mito de que la historia avanza indefectiblemente en términos productivos, técnicos y culturales, nosotros siempre estamos situados, mal o bien, con los vientos de esa historia. Benjamin va a plantearse qué pasa cuando esa historia progresiva nos revela, en circunstancias dramáticas de todo tipo, que en realidad ha sido una acumulación de barbaries. Que la propia comprensión de la historia ha servido como mecanismo del poder, de los vencedores, que mimetizamos, para negar aquel dato. Que todos los pelajes ideológicos y políticos pueden terminar contribuyendo a esa falacia, a esa *política sobre la historia*. Que la verdadera catástrofe acontece cuando aquel pensamiento intelectual, filosófico, estético, que debió reconocerla de antemano, es el primer asombrado de que las cosas sucedan como suceden. Se necesita, dice Benjamin, pasarle a la historia un cepillo a contrapelo, para leerla desde una perspectiva en ruptura cultural auténtica con respecto a cómo instauran la historia los distintos poderes, poderes que acuerdan una política de la memoria, de los pasados supuestamente resueltos teórica y políticamente: de los pasados que se alejarían y quedarían definitivamente atrás. Benjamin plantea, por el contrario, cómo ese pasado es siempre presente y aun futuro: nos espera para su resolución de lo humano. Benjamin alude a los muchos tiempos progresistas, biempensantes, que se sintieron imperdonablemente distraídos, indefensos, frente a los genocidios y terrores militares y sociales inhumanos en la historia. Producto de que ese pensamiento progresista no piensa la historia desde la memoria de sus víctimas pasadas que "siguen muriendo" en cada barbarie del presente. Es decir, en tanto se toma la historia como "un botín" cancelado, inerte, *anacrónico frente a las nuevas formas de pensar*, y que los poderes sociales instrumentalizan. Desde la perspectiva benjaminiana tendríamos que pasar reflexivamente el cepillo de la historia a la mitad del campo cultural de la Argentina, por lo menos.

"La tensión que hoy no se percibe entre crítica y realidad, esa no distancia entre un sujeto de escritura crítica y la realidad, es lo que tenemos que tratar de recuperar, sabiendo que la figura del intelectual será siempre conflictiva pero aun así es indispensable que vuelva a aparecer."

Tomé estos ejemplos para conjeturar sobre la silueta y el perfil de un pensamiento crítico intelectual que hoy aparece devaluado, no necesario, suplantado. Porque, vista su larga y contradictoria historia, con su agónica extinción o disolución desaparece también esta referencia de la modernidad pensada desde una crítica dura, radical, inflexible, de la sospecha permanente, con sus atisbos iluminadores. En ese sentido la tensión que hoy no se percibe entre crítica y realidad, esa no distancia entre un sujeto de escritura crítica y la realidad, es lo que tenemos que tratar de recuperar en el campo actual del pensamiento, el ensayo, la universidad, el periodismo, desde todas estas artesanías de la letra, sabiendo que esa figura del intelectual va a ser siempre conflictiva, compleja, pero que aun así es importante e indispensable que vuelva a reaparecer como crítica sobre la vida, la suerte y el destino de nuestro país. Nada más.